4419

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

LA ESTRELLA ROJA

DRAMA

EN TRES ACTOS Y SEIS CUADROS Y EN VERSO

original de

D. JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(Sucesor de Hijos de A. Gullón)
PEZ, 40.—OFICINAS, POZAS, 2, 2.º

7

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/laestrellarojadr1767fern

LA
ESTRELLA ROJA

DRAMA

EN TRES ACTOS Y SEIS CUADROS Y EN VERSO

original de

D. JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN

Representada por primera vez
en el Teatro Español el 19 de Noviembre de 1890.

MADRID
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE EL LIBERAL
calle de la Almudena núm. 2.
1890

PERSONAJES.	ACTORES.
SARA, mujer de.....	D.ª AMPARO GUILLÉN.
ASSER.....	D. RICARDO CALVO.
SAMUEL, padre de Sara.....	DONATO JIMÉNEZ.
JACOB, hermano de Samuel....	JOSÉ CALVO.
LUIS, niño de 11 años.....	Niña MARÍA BAJATIERRA.
TÉLLEZ, soldado.	D. JOSÉ PÉREZ.
FRAY BERNARDO.....	JÁIME RIVELLES.
FRAY ANTONIO.....	ENRIQUE F. JÁUREGUI.
OFICIAL.....	FRANCISCO L. JIMÉNEZ.
JUDÍO 1.º.....	MANUEL MOLINA.
HOMBRE 1.º.....	FERNANDO CALVO.
JUDÍO 2.º.....	HILARIO FERNÁNDEZ.
HOMBRE 2.º.....	EDUARDO LÓPEZ CHICO.
UN PRESO.....	ANTONIO RUIZ.

Pueblo, conversos, soldados.

La acción en Lisboa. El acto primero en 1497: el segundo y tercero en 1506.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada «El Teatro,» de D. FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ADVERTENCIA DEL AUTOR

La Estrella Roja está inspirada en los acontecimientos que precedieron á la expulsión de los judíos de Portugal, reinando D. Manuel, y en la horrible matanza de conversos que ocurrió en Lisboa en 1506. Sólo es histórico en este drama el marco de la obra: es decir, la ley que privó á los judíos de sus hijos; la impresión que produjo en sus familias; el milagro de la luz, causa del motín de Lisboa y el nombre del dominico *Fr. Bernardo*, que pagó en el cadalso su predicación sanguinaria en unión de otro compañero. Todos los personajes de la obra son imaginarios, aunque he acomodado sus actos á la conducta que siguieron hebreos y cristianos en aquella trajedia lastimosa. *Asser* es la personificación de los escasos judíos que se portaron virilmente en aquella persecución. *Samuel* representa la avaricia y egoismo de que acusaba á todos la voz pública: la cobardía y pusilanimidad de los perseguidos resulta de sus actos. *Fray Antonio* representa la parte del clero que se opuso á las crueldades del gobierno y del populacho y á la violenta conversión. Sólo he hecho una sustitución caprichosa de los sacrilegios de que se culpaba á los conversos de Lisboa, por ser poco teatrales, con el martirio de *Luis*, pero aún este no es imaginario: la historia del Santo Niño de la Guardia y el martirio y

611775

crucifixión de otros muchos niños, atribuídos á los judíos en la Península, me parecieron más propios y escénicos para dar verosimilitud legendaria á los rencores semíticos.

El título de La Estrella Roja no es sino el signo que les distinguía de los católicos, por obligar una ley á los judíos portugueses, para que no se confundiesen con los cristianos, á llevar cosida al traje exterior una estrella roja de seis puntas.

ACTO PRIMERO

La acción en Lisboa: en casa de Samuel. En el fondo puerta de la calle: á la izquierda puerta interior de la casa: en el suelo otra puerta que conduce á la cueva: á la derecha una ventana.

ESCENA PRIMERA

JACOB con una linterna en la mano alumbra á SAMUEL, que sale de la cueva.

JACOB. ¿Quieres la mano?
SAM. Conozco
á palmos toda la cueva:
yo siempre bajo sin luz,
por tí encendí esa linterna:
apágala, no me gusta
que se derroche la hacienda.
JACOB. Déjala arder, ¡qué te importa!
¿No huyes hoy mismo? ¿No dejas
en poder de los cristianos
los restos de tu despensa,
tus ricos muebles de roble,
tu hermosa casa de piedra?
SAM. ¡Oh desolación! La fuga
nos arruina: es una idea
disparatada.
JACOB. Prudente,
inevitable y discreta:
así hicieron nuestros padres
al abanponar las tierras
de Faraón.

SAM. Y en el desierto,
sobre la estéril arena,
las ricas ollas de Egipto
recordaron con tristeza.

JACOB. Samuel, no han visto tus ojos
como yo ví en la frontera
castellana, un pueblo entero,
qué un pueblo, la raza hebrea,
barrida de sus hogares
por la ruda soldadesca,
del mismo modo que el viento
arrastra las hojas secas.

SAM. Los ví en Lisboa, Jacob.

JACOB. Pero no en la hora suprema
de abandonar para siempre
su patria.

SAM. ¿La patria nuestra?
¡Ay, Jacob! No la tenemos.

JACOB. Entonces, ¿de qué te quejas
si vas á poner en salvo
los tuyos y tus riquezas?

SAM. ¡Cómo! ¿No he lamentar
lo que pierdo?

JACOB. Se compensan
las deudas que no te pagan
con las joyas que te llevas.

SAM. ¿No dí por ellas mis buenos
cruzados?

JACOB. Diste por ellas
en préstamo, lo bastante
á desear que no vuelvan
sus dueños á reclamarlas;
pues cuando tu fuga sepan
con el puño de sus dagas
golpearán en tu puerta.

SAM. No encontraremos, hermano,
otro Portugal.

JACOB. Tu inmensa
fortuna te hará feliz
en todas partes: no temas:
subo, Samuel, deslumbrado
por tus joyas y monedas;
qué caudal el de tus arcas
y qué brillo el de tus piedras.

SAM. Pues bien, Jacob: ¿no te espantas,
no te acobardas, no tiemblas
de exponer ese tesoro
á las rudas contingencias
de bandidos y corsarios,
de robos y de tormentas?

Cuando cruce un monte, temo
que grite cada caverna:
—Yo le crié en mis entrañas,
mío es el oro que llevas,—
Y temo si al mar me fío
que me reclame sus perlas.
Bien estaba mi tesoro
guardado bajo la tierra,
que así los suyos esconde
la sabia naturaleza.

JACOB. No hay losa que oculte el oro
si la codicia le acecha.
¿Verán con resignación
embarcar esas riquezas
los que, envidiosos y avaros,
de Portugal nos destierran?
¡Huyamos! que la avaricia
disimulada en la idea
religiosa, algo terrible
contra nosotros proyecta.

SAM. Tienes razón, pero tiemblo...

JACOB. Toda Lisboa está inquieta
presintiendo alguna infamia.

SAM. ¿Y tú crees lo que se cuenta?

JACOB. ¿Cómo creer que nos roben
nuestros hijos? Necio fuera.
No temo lo que se dice.

SAM. Tosca invención.

JACOB. Me amedrenta
lo que callan.

SAM. Convendría
averiguar con prudencia.

JACOB. Yo saldré.

SAM. Pero no tardes.

JACOB. La judería está cerca.

SAM. Que salimos esta noche.

JACOB. No faltaré; me interesa.
(*Sale por el fondo y Samuel va á cerrar la puerta, cuando le detiene una voz.*)

ESCENA II

SAMUEL y TELLEZ.

TÉLL. (*Desde fuera.*) No cierres.

SAM. ¿Qué se te ofrece?

TÉLL. Ya lo sabrás. (*Entrando.*) Ahora cierra
si quieres.
(*Samuel cierra, dando señales de disgusto.*)

SAM. Despacha pronto.
TÉLL. Eso haré, que tengo priesa;
dejo á los míos formándose
en la plaza.
SAM. ¿Qué deseas?
TÉLL. Vengo á empeñarte mi brazo.
SAM. No presto sobre esas prendas.
TÉLL. *(Saca la espada: Samuel retrocede.)*
No temas. ¿Cuál ha de ser
el brazo y hasta la lengua
de un soldado? Ten mi espada:
nunca la entregué en la guerra
y á tí te la entrego en paz
por unos días.
SAM. *(Devolviéndosela.)* Resérvala
para tus hazañas.
TÉLL. ¡Cómo!
SAM. Que tengo mi casa llena
de armas, y todos las traen
y ninguno se las lleva.
TÉLL. No serán como la mía.
Llama á tu yerno, que vea
su temple, él lo entiende bien
y te dirá qué hoja es esta;
traspasa un peto y su dueño
puede afeitarse con ella.
¡Llama á Asser!
SAM. Si no está en casa...
TÉLL. ¡Cómo lo siento! Dios quiera
que vuelva en sí de sus yerros
y en cristiano se convierta,
que no parece judío
quien da estocadas tan recias
en la sala de armas. ¿Crees
que tarde mucho?
SAM. Está fuera.
TÉLL. *(Aparte.)* Entonces puedo hablar fuerte.
(Alto.) Despacha pronto y entrega
algún dinero.
SAM. Ya dije
que no puedo... que nos echan
de Portugal.
TÉLL. Aún os faltan
cuatro meses; considera
(Con tono amenazador.)
que es un negocio seguro,
que está Lisboa revuelta;
soy soldado y necesito
mi espada hoy mismo; que apenas
salga de aquí, voy á ver

si otro la suya me presta...
que estoy pobre...

SAM. Entre cristianos
es mérito la pobreza...

TÉLL. ¿Te burlas, hereje? *(Le amenaza.)*

SAM. Tente
ó doy voces.

TÉLL. La paciencia
me falta, y por si has dudado
de que es mi espada muy buena,
vas á conocer su temple
en tus espaldas: espera.

SAM. *(Huyendo hacia la puerta de la izquierda.)* ¡Sara! ¡Hija mía!

TÉLL. *(Envaina la espada.)* Cobarde.
No riño yo con las hembras.

SARA. *(Desde adentro.)* ¿Qué ocurre?

TÉLL. Nada; una broma.
(Sara aparece en traje de judía, y con un niño de tres años en los brazos.)
No temas, Samuel, no temas.
Con que el negocio...

SAM. No le hago.

TÉLL. Está bien: maldito seas.
(Aparte.) Pero, en fin, tienes un nieto;
me pagarás tu miseria. *(Sale dando señales de mal humor.)*

ESCENA III

SARA y SAMUEL.

SARA. *(Besa la mano á su padre.)*
Ese insulto no te inquiete;
si hay quien te ofenda iracundo,
también tienes en el mundo
quien te quiera y te respete.
Olvida esos atropellos,
pues que te ofrece, sin tasa,
amor y dichas tu casa,
que tal vez no tengan ellos.
(Presenta el niño.)
Y porque mi dicho fíen,
y tu ventura calcules,
mira estos ojos azules
que te miran y sonríen.

SAM. Gran consuelo es tu respeto,
y el candor de la niñez.

SARA. *(Volviendo á besar su mano.)*
Dame la mano otra vez,

y besa las de tu nieto.

SAM. Déjame darle un abrazo
muy estrecho...

SARA. ¡Que le oprimes!
Ay, padre, no le lastimes,
que tiene malito el brazo.

SAM. ¿Está enfermo?

SARA. Dolorido.

SAM. ¿Desde cuándo?

SARA. Desde ayer.
No se lo cuentes á Asser,
y te diré lo que ha sido.
Estaba el niño durmiendo,
su cara junto á la mía,
y su padre sonreía
al verle soñar riendo.
De pronto mudó el semblante
mi marido, en torvo y rudo,
mirando el brazo desnudo
del niño, y dijo anhelante:
—Tiene una cruz roja.—Sí.
—De verla asombrado estoy.
—Tú, contesté la ves hoy;
yo hace dos años la ví.
—¿Dos años, Sara, y criado
por una cristiana? ¡Oh!
—Ella ese signo imprimió.
Nuestro hijo está bautizado.
—¡Qué locura!—Ya adivino;
dijo, al llevarle en tu seno,
¡pensaste en el Nazareno!
—Ese es mayor desatino.
Tomó una aguja de oro...
yo me opuse... hirió cruel,
y el niño, al rasgar su piel,
despertó desecho en lloro.
Tinta roja echó en la huella,
Asser, con ojos triunfantes,
y lo que era una cruz antes,
se convirtió en una estrella.
Y el niño, en los brazos míos,
trocaba con gritos vanos,
por la cruz de los cristianos
la estrella de los judíos.

SAM. Bien hizo Asser.

SARA. Yo sufría,
cuando su piel desgarraba,
horriblemente, pensaba
que desgarraban la mía.

SAM. No es Asser de esos hebreos

á quienes todo contiene,
como nosotros, ¡oh! tiene
sangre de los Macabeos.
Pero, díme ¿estás dispuesta?

SARA. Si.

SAM. Tus joyas... Ten presente
que huimos y solamente
lo que salvemos nos resta. *(Suspira.)*

ESCENA IV

Dichos y JACOB.

(Llaman á la puerta exterior.)

SAM. ¿Quién es? *(Mira por la cerradura.)*

JACOB. *(Desde fuera.)* Abre.

SARA. ¿Quién?

SAM. Mi hermano.
(Abre y entra Jacob agitado.)
¿Qué te sucede?

JACOB. *(Ap. á Samuel.)* Separa
á tu hija.

SAM. Querida Sara,
sal, y que todo esté á mano.
(La empuja suavemente y sale por la izquierda.)

ESCENA V

SAMUEL y JACOB.

(Se miran en silencio un momento y Samuel observa la puerta por donde salió Sara.)

SAM. ¿Qué hay?

JACOB. Que aquello era verdad:
la infamia está consumada;
y está ofendida, espantada
y revuelta la ciudad.

SAM. Pero, explícate.

JACOB. Sí, ansío
callarlo: nuestros señores
roban sus hijos menores
á todo padre judío.

SAM. Me haces temblar.

JACOB. Vengo muerto.

SAM. Que Sara no oiga siquiera...
tal vez el pueblo exagera.

JACOB. No. Ya se sabe de cierto.
Vengo de la judería,

y al ver, aunque no soy blando,
tantas mujeres llorando,
mi corazón se partía.
Descalzas, sueltos los talles,
y, cual fieras rastreadas,
las madres desmelenadas
rugiendo van por las calles;
sus hijos con espantosa
gritería las persiguen,
como los cachorros siguen
á la leona furiosa.
¡Cobardes! con insistencia
dicen á los hombres; y ellos,
arráncanse los cabellos
y maldicen su existencia.
Unos, de cólera rojos,
rompen en gritos extraños;
otros callan y echan caños
de lágrimas por los ojos.
¡Qué horror! ¡Qué montón de horrores!
qné angustia: cuánto lamento:
traigo lleno el pensamiento
de tristezas y dolores.
Sólo falta al israelita
de tantos males en pos,
que caiga el fuego de Dios
sobre esta ciudad maldita.

SAM. ¡Calla! que ese hecho malvado
me da tal ira y pesar,
que estoy próximo á llorar
yo, que jamás he llorado.

JACOB. ¡Hermano!

SAM. Jacob. *(Se estrechan la mano.)*

JACOB. Tenemos
muchos enemigos...

SAM. Sí.

JACOB. ¿Nos darán tiempo?

SAM. ¡Ay de mí!
¿Temes? Yo también. ¿Qué haremos?

JACOB. ¿Qué haremos? Cruzar las manos
y cumplir nuestro destino
cayendo en el torbellino
que arrastra á nuestros hermanos.

SAM. Cálmate.

JACOB. Es verdad.

SAM. La frente
sirve mal, llena de ardor.

JACOB. Sí: se elige lo peor
no pensando friamente.

SAM. Fijas en las penas de otros

no están las frentes serenas;
olvidemos esas penas
y pensemos en nosotros.

JACOB. Resuelta ya nuestra huída
nada nos resta que hacer.

SAM. Es necesario que Asser
anticipe la partida,
y antes de que el mal apriete
tenga aquí la gente pronta.
Avísale.

JACOB. ¿Cómo?

SAM. Monta
á caballo: eres ginete.
No en el tuyo, que es muy bueno
y sé lo que te ha costado:
Toma un caballo prestado,
que corre más el ajeno:
Judá tiene un potro bayo,
no importa que le maltrates;
húndele los acicates
y volará como el rayo.

JACOB. Dices bien.

SAM. (*Deteniéndole.*) Oye: la edad
hace á los hombres vehementes
y temo á Asser: no le cuentes
lo que ocurre en la ciudad:
es capaz de una imprudencia.
Díle solo, te lo exijo,
que están en peligro su hijo
y mi fortuna y su herencia.
¿Entiendes?

JACOB. (*Saliendo.*) Entiendo y callo.

SAM. Pues, adios: dále mi aviso
y revienta si es preciso
á espolazos el caballo.
(*Llamándole.*)
Si hay que gastar no te duela
(*Echa mano á la escarcela.*)
Yo te daré... mas, advierte...
¡eh! no quiero detenerte
¡á escape! que el tiempo vuela.
(*Jacob sale por el fondo.*)

ESCENA VI

SAMUEL

¿Vendrán? Echaré la barra.
¡Señor! ¡Señor! ¿Qué hemos hecho?
¿No celebramos los ritos

puntualmente? ¿No atendemos
con profusión y largueza
al esplendor de tu templo?
Protege nuestras haciendas:
mira que son de tu pueblo:
no destruyas el producto
del trabajo de tus siervos.
¡Ruido por fuera! ¡Oh, Señor!
blande tu espada de fuego
y defiende nuestra casa
con tus rayos y tus truenos.
No es oro y piedras y joyas
lo que en mis arcas encierro,
sino privaciones, ansias,
trabajo, cálculos, miedo,
gustos ahogados, y el fruto
de la constancia y del tiempo.
Es poder, es fuerza oculta,
es relicario selecto
de tus obras escogidas;
Señor, no es hacinamiento
de piedras y de metales
brillantes pero groseros,
sino talismán activo,
enterrado monumento
de que soy, como tú sabes,
más sacerdote que dueño.
Si soy culpable, castígame,
pero no en lo que poseo,
sino en mí propio: arrebátame
el habla, póstrame enfermo,
quita la luz á mis ojos,
mutila y llaga mi cuerpo;
nada pido, nada valgo,
nada estimo, nada quiero.

ESCENA VII

SAMUEL y SARA que entra por la izquierda.

SARA. ¡Padre!
SAM. *(Sobresaltado.)* ¿Qué ocurre? ¿Ya vienen?
SARA. ¿Que si vienen ya?...
SAM. ¿Qué es ello?
SARA. No me lo explico: las gentes
pasan de largo corriendo,
y los soldados se juntan
y van cubiertos de hierro.
SAM. Habrá asonada.
SARA. Eso dije;

pero no debe ser eso.

SAM. Sí será.

SARA. No hay en los rostros
sombra ninguna de miedo:
júbilo más bien.

SAM. ¿De veras?

SARA. Como estamos algo lejos
del paso no he conseguido
enterarme, aunque sospecho
que el asunto tiene trazas
de fiesta más que de duelo.

SAM. *(Ap.)* ¡Desgraciada! *(Alto.)* ¿Nada oiste?

SARA. Sólo á dos que iban diciendo:
el uno,—es muy conveniente,—
y el otro,—está bien dispuesto.—

SAM. *(Aparte.)* ¡Infames!

SARA. *(Abriendo la ventana.)* ¡Oh qué gentío
se ve allá abajo!

SAM. *(Retirando á Sara.)* Cerremos;
cuando cruza en oleadas
como ves, me espanta el pueblo.

SARA. Déjame ver; soy curiosa
y están muy lejos...

SAM. Tenemos
que preparar unos fardos...
(Se oye el redoble de un tambor.)

SARA. Si es un pregón.

SAM. *(Agitado.)* Ven adentro;
ya sé lo que es: un tributo
nuevo que no pagaremos.

SARA. Déjame oir.

SAM. ¿Qué te importa
lo que manden?
(Segundo redoble.)

SARA. Un momento.

SAM. No.

SARA. ¿Por qué tiemblas? ¿Qué ocurre?
Algo me ocultas y quiero
averiguarlo.
(Se oye el tercer redoble.)

SAM. Hija mía,
ten mucho valor...

SARA. ¡Silencio!

VOZ. *(Fuera y algo lejana.)* De orden del Rey Nuestro Señor, y para salvación de las almas y aumento de la cristiandad, desde hoy, y sin dilación alguna, serán visitadas las casas de los judíos y sacados del poder de sus padres, todos los niños menores de catorce años, los cua-

les se entregarán á personas de buenas costumbres para que los eduquen en nuestra santa religión. ¡Viva el Rey!

PUEB. ¡Viva!

SARA. (*Que mientras dura el pregón da muestras de gran ansiedad, se abraza á Samuel llorando.*) ¡Padre!

SAM. ¡Hija mía!

SARA. ¡Salvémosle!
Huyamos lejos, muy lejos,
adonde de estas infamias
no llegue siquiera el eco.
¡El rey! Si esto es imposible:
pues qué, ¿tiene el rey derecho
para arrancar de mis brazos
lo que nació de mi seno?
¡Darle otra madre! ¿Y en dónde
hallará ese rey excelso
para dormir á mi niño
calor como el de mi pecho;
ni dónde, para guiarle
dulcemente hacia lo bueno,
palabras como las mías
ni besos como mis besos?
Huyamos, padre; nos tratan
como fieras, pues á serlo:
hay en los montes cavernas,
en ellas habitaremos;
y hay en la tierra raices
que nos sirvan de alimento,
menos amargas que el pan
que aquí llorando comemos.

SAM. Dices bien; pero sosiégate.

SARA. ¿Sosegarme? Si no puedo;
si hay en mi frente una masa
de lágrimas y veneno;
si sólo pienso delitos...
Si me parece que veo
al rey y veo á mi esposo
desenvainado el acero...

SAM. ¡Calla!

SARA. (*Aterrada.*) Es verdad; estoy loca.
Padre del alma ¡qué tiempos!
Dichosas ¡ay! las estériles
y más dichosos los muertos.
(*Hace ademán brusco de salir por la puerta interior y Samuel la detiene.*)

SAM. ¿A dónde vas?

SARA. A huir con él.

SAM. Espera, Sara.

SARA. No espero.
SAM. Es entregarte á esas gentes...
(Sara se detiene aterrada)
SARA. ¡Ay, padre! Salva á tu nieto;
tú sabes que él es mi vida,
tú sabes cuánto le quiero.
SAM. Pues bien; enjuga tu llanto
y espera á Asser: vendrá presto;
tu tío salió en su busca
en el potro más ligero
que hay en Lisboa.
SARA. ¿Y si en tanto
viene la justicia?
SAM. Creo
que no han de venir tan pronto.
(Mira por la ventana.)
¡Mira! ¡No hay nadie! Se fueron
todos siguiendo en tropel
los pasos del pregonero.
¡Nos hemos salvado! ¡Abrázame!
Pronto, muy pronto, saldremos
escoltados por diez bravos,
acaso en anocheciendo.
SARA. Aún desconfío. *(Asomándose.)*
SAM. No temas.
SARA. Tú me animas.
SAM. *(Aparte.)* Y yo tiemblo.
SARA. No se ve á nadie; parece
que respiro...
SAM. *(Con fingida alegría.)* Marcharemos
en caravana, y es claro
que irán mis arcas en medio...
Mira qué calma; si reina
en la ciudad un silencio...
(Llaman con estrépito á la puerta, y Sara y Samuel hacen señales de espanto.)
SARA. *(En voz baja.)* ¡Padre!
SAM. ¡Prudencia, hija mía!
(Vuelven á llamar.)
OFIC. *(Fuera.)* ¡Por el Rey!
(Sara alza las manos al cielo y lo mismo Samuel, que las baja al instante y dice con desesperación.)
SAM. No; yo no rezo,
porque está el cielo vacío
y nadie escucha los ruegos.
¡Sara! Aproxímate y oye:
no reces, no pierdas tiempo
y ayúdame á imaginar
algo...

SARA. (*Se acerca de puntillas á la ventana.*)
Un soldado estoy viendo.
Es Téllez, Téllez, el mismo
que te injuriaba há un momento.
SAM. Estamos perdidos, hija.
SARA. No, padre; sacrifiquemos
el oro...
SAM. ¡Sara!
SARA. Con él
rescatarás á tu nieto.
¡Yo le crié en mis entrañas!
SAM. ¿Acaso yo no las tengo?
¿Quieres que vacien mis arcas
y de dolor caiga muerto?
OFIC. (*Golpeando desde fuera.*)
¡Abrid pronto, ó por rebeldes
la puerta derribaremos.
SAM. ¿Lo oyes? Abramos, es fuerza;
pero... de aquello... ¡silencio!
SARA. (*Acercándose á la puerta interior.*)
Antes que á su cuna lleguen
pasarán sobre mi cuerpo.

ESCENA VIII

Dichos, OFICIAL, TÉLLEZ y tres soldados.

TÉLL. ¿Estáis sordos?
SAM. Perdonadme;
estaba en el otro extremo
de la casa.
OFIC. ¡Ea! Samuel,
las malas noticias, presto.
¿Tienes un nieto?
SARA. (*Aparte.*) ¡Ay de mí!
SAM. Dices verdad; tengo un nieto.
OFIC. ¿Le amas mucho?
SAM. ¿Que si le amo?
SARA. ¿Si le amamos? No sabemos
emplear sino en quererle
todo nuestro sentimiento.
OFIC. (*A Téllez.*) Habla tú.
TÉLL. Pues hablo en plata:
manda el rey que nos llevemos
el niño.
SARA. ¿Mi hijo? Soldado,
¿tienes mujer?
TÉLL. Sí, la tengo.
SARA. ¿Te dió hijos?
TÉLL. No me los dió.

SARA. Pues bien; sólo así comprendo
que hayas tomado el oficio
de robar hijos ajenos.
SAM. No la hagáis caso; es la madre.
OFIC. Recuerda que fué rey vuestro
Herodes y no te quejes,
que no le degollaremos.
SAM. Dadnos un día de tregua
tan sólo.
OFIC. Samuel, no puedo.
SARA. (*Aparte.*) ¡Ah! Si consigo excitar
su codicia los detengo.
(*Corre hacia la cueva y finge proteger su entrada.*)
¡Padre! Defiende la entrada
de la cueva; no entreguemos
las riquezas que aquí guardas
ni el hijo que aquí defiendo.
SAM. (*Corriendo hacia donde está Sara, aparte.*)
¿Qué haces? ¡Desgraciada! ¿Qué haces?
¿No ves que estás atrayéndolos
hacia mi tesoro? ¡Calla!
SARA. (*Aparte á Samuel.*)
¿Y no ves que los alejo
de mi pobre hijo? (*Alto.*) ¡Soldados!
Si dais un paso, creeremos
que sólo buscáis el oro
que hay encerrado aquí dentro.
SAM. (*Con desesperación.*)
¡No la escuchéis!
OFIC. Si no dice
dónde está el niño, entraremos.
SAM. Yo lo diré.
SARA. (*Entreabre la puerta de la cueva.*)
¡Hijo del alma!
¡Allá voy!
SAM. ¡Calla! que siento
trocarse en ira las únicas
afecciones que conservo.
¡Calla! ó maldigo su nombre,
¡calla! ó me arrojo en el suelo
para que pises mi frente
como desgarras mi pecho.
SARA. (*Abrazándole.*) ¡Padre!
SAM. ¡Aparta!
TÉLL. (*Aparte al Oficial.*) No está el niño
en la cueva.
OFIC. (*Aparte á Téllez.*) El niño... luego.
(*Se dirigen á la cueva y Samuel los detiene.*)

SAM. Nada hay aquí.
TÉLL. Alumbra y calla.
OFIC. (*A Téllez.*) Tú aquí de guardia.
TÉLL. Protesto.
OFIC. Soy el jefe.
SAM. (*Con ira á su hija.*) ¡Sara! ¡Sara!
(*A los soldados.*)
¡Oh! compasión: os advierto
que soy el depositario
nada más, de los objetos
que aquí guardo; que respondo
de su valor á sus dueños...
que yo en realidad soy pobre...
¡Ea! matadme; no entro.
OFIC. ¿Te resistes? (*Le empujan.*)
SARA. ¡Oh, soldados
no le maltratéis.
SAM. Ya cedo.
(*Entran en la cueva.*)
SARA. Padre del alma, perdona;
ya verás cómo compenso
los dolores que te causo
con el amor que te tengo.
(*Sale por la izquierda.*)

ESCENA IX

TELLEZ paseándose.

¡Voto va! Nunca creí
que se me hiciera este feo.
Temen que pida más parte
porque tengo más derecho.
Todos entran menos yo,
yo que concebí el soberbio
negocio de sondear
las arcas del usurero...
(*Asomándose á la cueva.*)
No escucho ni veo nada...
¡Si! ¡si! rumor de dinero. .
Oh qué música tan dulce,
no la escuchaba hace tiempo.
Suenan voces: alguien rueda:
¿quién ha de ser? Lo comprendo.
¿Llamáis? Esto es insufrible,
todo se lo llevan ellos.
El alma tengo allí abajo
y clavado aquí mi cuerpo.
Tengo sed de oro...

ESCENA X

TÉLLEZ y SARA que sale por la izquierda ocultando á su hijo bajo el manto y con una bolsa en la mano.

TÉLL. La madre.
(Cierra el paso)
SARA. Calla y te compro.
TÉLL. *(Tomando la bolsa)* Me vendo.
(Sara va á salir y Téllez presenta el arma)
¡Alto! el niño vale más.
SARA. Toma mis joyas.
TÉLL. Acepto.
pero, es poco, ¿qué más tienes?
SARA. *(Con angustia.)*
¿Me preguntas qué más tengo?
Nada más; pero allá abajo,
allá hay un tesoro.
TÉLL. Es nuestro.
¡Ea! atrás.
SARA. ¡Por la memoria
de tus padres!
TÉLL. No los tengo.
SARÁ. Por tu honor.
TÉLL. Es mi consigna,
y la consigna el pellejo.
SARA. ¡Malvado!
TÉLL. ¡Subid, amigos!
SARA. ¡Traidor! ¡Traidor!
TÉLL. Subid, presto.
SARA. *(Corre á la ventana y sacude los hierros.)*
¡Oh! ¡Que mis manos no puedan
hacer pedazos los hierros!
¡Asser! ¿Dónde está tu espada,
para hundírsela en el pecho?

ESCENA XI

Dichos, OFICIAL y Soldados desviando á SAMUEL, que salen de la cueva.

OFIC. *(A Samuel.)* ¡Aparta!
SAM. ¡Sara! ¡Hija mía!
¡Que me arruinan!
OFIC. Calla, viejo;
ó pondré sobre tu boca,
una mordaza de acero.
SARA. ¡Padre! ¡Padre!
SAM. Me han robado.

SARA. ¡Mi hijo!
SAM. ¡Mis bienes!
OFIC. ¡Silencio!
La ley y la fuerza mandan,
y es preciso obedecerlos;
tú calla, y tomad vosotros
ese niño.
SARA. (*Desviando primero á los soldados, y luego presentándoles el niño.*)
Deteneos
por compasión, si hay un rastro
de ternura en vuestros pechos.
Tiene mi niño los ojos,
como el azul de los cielos;
y son sus manos tan blancas,
como la flor del almendro;
y cuando paso las mías,
(*lo hace*) por sus rizados cabellos,
de hermosas sortijas de oro,
se llenan mis cinco dedos.
No es niño el mío: es un ángel,
que sólo bebe mi aliento,
y sólo ha visto sonrisas,
y se alimenta de besos;
paso los días mirándole,
pasa los suyos riendo;
y entre caricias se duerme,
y son mis brazos su lecho.
Sin él, las blancas paredes
de la alcoba donde duermo,
estarían para mí,
cubiertas de paños negros.
¡Oh! Retiráos, soldados,
y emplead vuestros esfuerzos,
en luchas donde haya gloria,
en que no hayan de oponeros
sólo raudales de lágrimas
como las que estoy vertiendo...
Mirad, mirad cómo lloro...
mirad, mirad cómo tiemblo.
(*Los soldados se miran vacilando.*)
OFIC. Todos sentimos causarte
ese dolor más.

ESCENA XII

Dichos, ASSER y varios bravos que se arrojan sobre los soldados y los prenden.

ASSER. (*Con fiereza*) ¿Qué es esto?
SARA. ¡Asser! (*Se refugia á su lado.*)
¡Ah! Si de una madre
no os lastimaba el cariño,
venid á arrancar el niño
de los brazos de su padre.
ASSER. ¡Ellos!...
OFIC. Represento al rey:
deja que la ley se ejerza.
ASSER. Yo represento la fuerza
que se burla de la ley.
Y calla, que de ira estallo,
y á darme la idea empieza
de adornar con tu cabeza
el arzón de mi caballo.
(*A los suyos.*)
Llevadlos, y esto concluya.
(*Llevan á los soldados á la cueva*)
TÉLL. ¡Compasión!
SAM. Menguado, ¡calla!
(*A Asser.*) Me ha robado esa canalla.
ASSER. Si robó, que restituya.
(*Aparte á los suyos.*)
Vosotros, sacad cuanto antes
lo que importe; va la vida;
que el riesgo de la partida
acrecienta por instantes.

ESCENA XIII

ASSER, SARA y algunos bravos que vigilan la puerta y reciben los cofres de la cueva. Ha obscurecido.

SARA. ¡Asser! ¡Asser!
ASSER. ¡Sara mía!
SARA. ¡Qué día tan angustioso!
Y yo llamando á mi esposo
y mi esposo no venía.
ASSER. Recobra ya tu valor
que aquí está quien te defienda,
y quien abrace á la prenda
perseguida, de tu amor.
(*Queriendo tomar el niño.*)

Verás cómo á mí se enlaza
y me dá un abrazo estrecho:
quiero acostumbrar su pecho
al frío de la coraza.

SARA. ¡Ay, Asser! Déjale estar
que ya de mí no le alejo,
pues temo que si le dejo
no he de volverle á abrazar.

ASSER. ¿Aún tiemblas?

SARA. ¿No he de temer
si hace un instante creía
perderle?...

ASSER. ¡Infames!

SARA. Qué día
y qué desdichas, Asser.
¿Cómo estarán la ciudad
y ese pueblo desdichado?

ASSER. Sara, estoy avergonzado
de tanta tranquilidad:
mientras en sus cunas fijos
velan los nuestros llorando,
otros velan patrullando,
para robarles sus hijos.
Entre las sombras obscuras,
tienen las calles tomadas;
y se escuchan sus pisadas,
y crugen sus armaduras.

SARA. ¡Ay! Me advertía mi instinto
el riesgo.

ASSER. Aquí, imaginario,
que este sitio es solitario.
y está fuera del recinto.
¡Abreviad!

SARA. ¿Lo ves? Si estás
tranquilizándome en vano.
¿Qué habrá que tiembla tu mano,
que no ha temblado jamás?
(*Los bravos han sacado varias arcas.*)

ESCENA XIV

Dichos, JACOB por el fondo.

JACOB. Ya no hay salvación, sobrino,
ni fuga, estamos cortados.

ASSER. ¿Qué es?

JACOB. Un tropel de soldados
está cerrando el camino.

ASSER. ¡Samuel! ¡Todos! Dime, ¿es mucha
gente? (*A Jacob.*)

JACOB. Mucha.
SARA. En mí no vuelvo.
JACOB. ¿Qué resuelves?
ASSER. ¿Que resuelvo?
que haya sangre; que haya lucha.

ESCENA XV

Dichos, SAMUEL y todos los bravos, que se colocan ante ASSER, el cual les da sus órdenes con rapidez y energía.

ASSER. Mi resolución tomada
aquí ninguno la elude;
ni atiendo, ni escucho nada;
al que vacile, al que dude,
le tiendo de una estocada.
(*Señalando las arcas.*)
Cargad eso ó por quien soy
que sin las arcas me voy;
(*A Samuel, que ayuda á sacar los cofres.*)
tú cuida de tu tesoro
y no nos estorbes hoy
como nos estorba tu oro.
¡Jacob! Siempre en Sara fijo
velar por ella te exijo;
tu obligación es sencilla.
(*A Sara.*) Tú te abrazas á tu hijo
y te afirmas en la silla.
Tres hombres, vosotros tres,
la seguiréis é imagino
que hasta morir á sus pies.
(*A los demás.*) Nosotros á abrir camino
y á defenderle después.
(*A Sara*) Mas si la muerte recibo,
si somos hechos pedazos,
antes que verle cautivo,
ahoga el niño en tus brazos
no caiga en los suyos vivo.
No llores, que tu aflicción
trocar en júbilo espero;
hay en nuestra rebelión
mucho brío, mucho acero
y muchísima razón.
Y tengo tanta esperanza
y siente tal confianza
mi corazón indignado,
que creo que Dios me ha dado
la misión de la venganza.
No llores: seamos fuertes:
enjuga el llanto y confía

que no me asustan cien muertes,
y me infunden cobardía
esas lágrimas que viertes;
sécalas y el llanto encierra
en tu triste corazón;
no hay compasión en la tierra
ni más ley ni más razón
que la fuerza y que la guerra.
Quede, brotando á torrentes
la tierra en sangre encharcada.
¡Ea! ¡á caballo! mis gentes,
y á revolver con la espada
ese cubil de serpientes.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO

La acción en Lisboa ocho años después.

CUADRO I.º

Habitación en casa de Jacob.

ESCENA PRIMERA

JACOB, SAMUEL á la puerta vestido de pobre ostenta imágenes y reliquias en su pecho

SAM. Por las ánimas benditas
den limosna al pobre viejo.
JACOB. Entra, Samuel, estoy solo.
¿Qué temes?
SAM. Debes saberlo.
¿Donde está Sara?
JACOB. En la iglesia.
SAM. Hay un milagro estupendo
y es tan cristiana, que irá
á darse golpes de pecho.
¿Y Asser?
JACOB. Rondaba la casa
y há rato que no le veo.
SAM. Qué derrotado ha venido...
Y cada vez más soberbio.
JACOB. No le han domado las olas,
ni las galeras, ni el tiempo.

SAM. Cuando al intentar la fuga
quedó herido, prisionero
y condenado á galeras,
sentí aflicción por mi yerno.
Hoy que está libre, me causa
consternación su regreso:
es un peligro, es un loco
que viene á comprometernos.

JACOB. Antes de ver á su esposa
quiso visitar el templo
donde algunos practicamos
nuestros ritos en secreto,
y allí nos tachó de apóstatas
por llevar signos externos
de cristiandad.

SAM. ¡Qué locura!

JACOB. En vano le respondieron
que fué bautismo forzoso
y no voluntario el nuestro.
Nos llamó falsos é hipócritas
y dijo en voz alta al pueblo
que juzgaba preferible
el martirio al fingimiento.
Tres horas há que ha venido
y todos están inquietos.

SAM. Y en qué ocasión, los cristianos
buscan con ansia pretextos
para tacharnos de herejes
y repetir los saqueos.
Vivíamos resignados
en la obscuridad, tejiendo
las redes que han de envolverles
entre las mallas del préstamo.
No entiende.

JACOB. ¿Y cuando le dije
que murió el niño?... Aun le veo
furioso oprimir mi brazo
con su muñeca de hierro.
«¡Tú le perdiste! gritaba,
para salvar tu pellejo...»
Si él abrumado de golpes
cayó moribundo y preso:
si se desbandaron todos
y quedé en trance tan recio
yo rigiendo dos caballos,
Sara sin conocimiento.
y el niño cayó en el rio
¿qué pude hacer?

SAM. Harto has hecho.

JACOB. Ni aun aprueba que ocultase

á Sara el triste suceso.
Yo nunca tuve valor
de darla ese sentimiento.
Viva engañada esperando.

SAM. ¿Se han visto ya?

JACOB. No se vieron.
Sara ignora su llegada,
que Asser me ordenó el silencio.

SAM. Ocho años en paz vivimos:
vuelve, y estamos revueltos.
El me arruinó; por él vivo
pidiendo limosna.

JACOB. A intervalos.
Pides limosna de día,
de noche prestas dinero.

SAM. Corro á pedir, que hay milagro
y es día de gran provecho;
dicen que en Santo Domingo
refleja un rayo del cielo;
los crédulos hacen obras
de caridad, yo tendiendo
las manos, grito en el atrio:
(*Gritando en la puerta.*)
¡Den limosna al pobre viejo!

ESCENA III

SARA y JACOB: aquélla muy agitada y trémula.

SARA. No puedo más.

JACOB. Tranquilízate.

SARA. Si tardo en llegar me caigo.

JACOB. ¡Cómo tiemblas!

SARA. Sí tenía
un presentimiento vago,
y sin motivo ninguno
iba á la iglesia temblando.
¿Le oiste? No tengo duda.
Era su voz. Ha llegado.

JACOB. ¿Quién?

SARA. Asser.

JACOB. ¿Y de él huías?

SARA. ¿Has podido imaginarlo?
Me explicaré si es que encuentro
palabras para contarlo.
Cuando llegué á la capilla
ví muchas gentes rezando,
y en las gradas del altar
dos frailes arrodillados.
Todos miraban contritos

y adoraban sollozando
un resplandor que salía
del fondo de un relicario.
—«¡Es una luz milagrosa!»—
oí decir á mi lado,
y golpeaban sus pechos
repitiendo: «¡Santo! ¡Santo!»
Entre el coro de alabanzas
que oía en todos los labios,
sonó una voz poderosa
que dijo en tono sarcástico:
—«No os asombréis por tan poco,
que es el supuesto milagro
el reflejo de la luz
que alumbra en aquel retablo.»—
Era la voz de mi esposo;
sentí placer, sentí espanto...
hubo un momento de duda,
y todos se levantaron.
Se alzó un ronco clamoreo...
oí gritos inhumanos...
voces de «¡muera el hereje!»
«¡que no le valga el sagrado!»
Después... me arrastró el gentío,
me ví levantada en alto,
parecióme que giraban
las columnas y los arcos,
y aún en mi oido resuenan,
y aún veo en revuelto caos,
gemidos, ecos de muerte,
ojos cubiertos de llanto,
rostros amenazadores
y aceros desenvainados.
Dices que vine corriendo:
creí llegar arrastrando.

JACOB. Luego Asser está perdido...

SARA. Perdido y abandonado.

JACOB. ¿Dónde vas?

SARA. ¿Que adónde voy?
A reparar el agravio
que le hizo mi cobardía,
y morir entre sus brazos.

JACOB. *(Interceptando la puerta.)*
Es un sacrificio inutil.
No lo consiento.

ASSER. *(Desde fuera.)* Abre paso.

ESCENA IV

Dichos, ASSER por el fondo.

JACOB. ¡Asser!
SARA. (*A Jacob.*) ¿Qué dices?
ASSER. ¿Aún dudas
quién soy? Bien puedes dudarlo,
que cuanto miran mis ojos,
todo lo encuentran mudado.
SARA. ¡Esposo mío! (*Asser se retira.*)
JACOB. (*A Sara.*) Primero
cuida de ponerle en salvo.
SARA. ¿Le persiguen? (*Corre á la puerta.*)
ASSER. (*Con indiferencia.*) No lo creo.
SARA. No hay nadie; Dios le ha amparado.
(*A Jacob.*) ¡Cierra!
JACOB. (*A Sara.*) Hablad tranquilamente,
que yo por fuera le guardo.

ESCENA V

SARA y ASSER.

SARA. ¡Asser!
ASSER. Apártate, Sara,
no te manchen mis harapos.
SARA. ¿No eres mi esposo?
ASSER. Lo he sido.
SARA. ¿Me rechazas?
ASSER. Te rechazo.
Ocho años crucé los mares,
ocho años viví amarrado,
teniendo por techo el cielo,
y por cama el duro banco;
ocho años fuí camarada
de ladrones y falsarios,
bajo la guarda de un cómitre,
en las galeras remando;
ya no es mi cuerpo, aquel cuerpo
que estrechaste entre tus brazos;
que el sol mi espalda desnuda
ennegreció con sus rayos,
el invierno con sus fríos,
y el cómitre con su látigo.
Sólo he escuchado blasfemias
en ese tiempo tan largo,
y sólo han visto mis ojos
rostros feroces y extraños,

la horca colgando en las cofas,
y el mar rugiendo debajo.
¡Quién me volviera á aquel tiempo!
¡Quién me volviera á mi barco,
con olas, hambres, fatigas,
cadenas y latigazos!
¡Quién me diera tempestades
á cambio de desengaños!
Estaban por la distancia
nuestros cuerpos apartados;
y hoy que á mi lado te veo,
me encuentro más solitario.
Buscando mi esposa vine,
y mi casa, y sólo hallo
nuestras almas divorciadas,
nuestros lechos separados,
tú cristiana, yo judío,
yo furioso, tú temblando...
¿Y osas llamarme tu esposo,
y no se abrasan tus labios?
Aparta, que antes quisiera
que estrechar tu pecho falso,
una serpiente de fuego
enroscándose en mis brazos.

SARA. ¡Asser!

ASSER. Aparta.

SARA. Perdóname,
por el recuerdo adorado
de tu hijo.

ASSER. No le recuerdes,
cuando te he visto rezando
al Dios de sus asesinos.

SARA. ¡Mientes! No ha muerto; le aguardo.
¿Me encontrarías con vida
si no viviera esperando?
Escúchame, Asser, y luego
mátame, no he de estorbarlo,
que es nuestra vida muy triste
y la muerte es el descanso.
Sola quedé, bien lo sabes;
á apostatar me obligaron,
pero al Dios en quien creía
recé en el templo cristiano;
bajo sus bóvedas tristes
y en un altar retirado
ví la imagen de María
con un niño entre los brazos;
entre aquel niño y el nuestro
noté un parecido vago,
entre aquella madre y yo

hallé un misterioso lazo.
Rézala con fe, decían
los sacerdotes y ancianos;
esa es la madre que guarda
los hijos desamparados;
y aquel altar me atraía
con sus luces y sus ramos,
sufriendo una horrible lucha
de sentimientos contrarios.
Un día... no pude más,
díjela, bañada en llanto:
«Tú eres Madre y yo soy madre
y mi Dios me ha abandonado;
devuélveme, Virgen santa,
el hijo que me robaron,
y el tuyo será mi Dios
y le adoraré llorando.»
Sentí una dulce alegría,
cayendo en mí como un bálsamo,
y creyeron ver entonces
mis ojos amedrentados,
la sombra de Jehová
en un luminoso carro,
que rodaba por los cielos
y se alejaba tronando.
En esa Virgen confío,
á su altar se van mis pasos,
si no lo consientes mátame,
que no podré remediarlo.

ASSER. Calla y oye: de esa acción
no recibirás el pago,
que tu hijo ha muerto y no hay ídolos
que puedan resucitarlo.

SARA. ¿Qué dices?

ASSER. Que si te dieron
esperanzas te engañaron.

SARA. ¡Ay, Asser! ¿Viste su cuerpo
tendido y amortajado?

ASSER. No le ví.

SARA. ¿Viste su tumba?

ASSER. No la ví.

SARA. Pues todo es falso.

ASSER. ¿Quién te lo dice?

SARA. Mi fe.

ASSER. ¡Tu fe y estás blasfemando!...
¡Renegada!

SARA. ¡Compasión!

ASSER. ¿No la tengo, cuando falto
á mi obligación por lástima?
Recuerda el texto sagrado:

«Si te incitaren tu hijo,
ó tu mujer ó tu hermano
á servir dioses ajenos
¡mátalos!...» Y no te mato.
Y es que asaltan mi memoria
y paralizan mi mano
felicidades pasadas,
días de amor insensatos...
Pero, escucha: entre los dos
hay un abismo de agravios;
yo te repudio y maldigo
los recuerdos del pasado,
la casa en que te gocé,
el tiempo que nos amamos,
y maldigo las caricias
y los besos que te he dado.

SARA. Por los besos que maldices,
por el ángel que adoramos. .
(Deteniéndole.)

ASSER. Ni en el día de mi muerte
vengas á cerrar mis párpados,
ni se junten nuestros huesos
bajo la losa de mármol.
(Suelta con violencia, la detiene con un gesto amenazador y sale.)

ESCENA VI

SARA.

Oh, madre del Redentor,
eres tú mi único amparo;
tu templo ha de ser mi casa
y te estaré importunando
hasta que me restituyas
todo lo que me han robado.
(Se envuelve en el manto y sale.)

CUADRO 2.º

Una plaza, á la izquierda una verja con gradas que dá entrada á una iglesia, á la derecha una casa con puerta practicable también. Calles á derecha é izquierda.

ESCENA VII

FRAY BERNARDO y FRAY ANTONIO con hábitos de dominicos.

FR. AN. Por los hábitos que vistes
vuelve al convento.
FR. B. No vuelvo.
FR. AN. Tu superior te lo ordena.
FR. B. Dile que hoy sirvo á otro dueño.
FR. AN. ¿A quién?
FR. B. Al que está más alto
que el Prior y el Papa, al Eterno.
FR. AN. No eres libre y á tus votos
faltas desobedeciendo.
FR. B. ¿Y qué importan mis delitos
de fraile, que no te niego,
ni el castigo que me espera,
ni mi ruina y mi descrédito,
si predicando en las calles
contra impíos y blasfemos
iluminan mis palabras
el espíritu del pueblo?
Caiga yo: sálvense todos:
lo primero es lo primero.
FR. AN. Las turbas, amotinadas
por tus palabras de fuego,
se desbordan y cometen
espantosos atropellos:
habla en tus labios la muerte,
sopla tu voz el incendio,
y mancha tu blanca túnica
la sangre de los conversos.
Recuerda el sermón divino
de tu divino Maestro:
Bienaventurados sean
los pacíficos, recuérdalo.
FR. B. También echó á latigazos

los mercaderes del templo.
FR. AN. Cede á la santa obediencia:
sígueme.
FR. B. Si hoy no obedezco,
mañana haré penitencia
á las puertas del convento.
(Suenan rumores.)
¿Oyes? Las gentes me buscan;
aléjate.
FR. AN. No me alejo.
FR. B. ¡Antonio! *(Con ira.)*
FR. AN. *(Retrocediendo.)* Bien... me retiro...
tan irritado te veo,
que eres capaz de ofenderme
porque te culpo y te advierto.
Voy al altar de esa iglesia
á rezar por tí y por ellos.
(Entra en la iglesia.)

ESCENA VIII

FRAY BERNARDO y LUIS que entra por la calle de la derecha, agitando un pedazo de espada.

LUIS. *(A los de fuera.)*
¡Aquí está el padre Bernardo!
¡Venid! Yo le he descubierto.
¡Venid!
FR. B. ¿Qué ocurre, chico?
LUIS. ¿Qué ocurre?
que ya ha empezado el saqueo.
Los cargadores del muelle,
la chusma y los marineros
van por las calles armados
con hachas, picas y remos.
Te han elegido por jefe
y te aclaman con estruendo...
¡Corro á avisarles!
(Echa á correr y vuelve.)
¡Ah! Quieren
que hagas tocar á degüello;
y han encendido una hoguera
de troncos y de sarmientos.
Han asaltado dos casas
y están los muebles ardiendo;
y yo lo he visto tan cerca
como á tí: da gusto verlo.
Oh, quién pudiera moverse
por todas partes á un tiempo.
Hay gentes que huyen muy pálidas

otras cierran sus comercios
y la justicia se oculta
al ver al pueblo revuelto.
Cuánto vino se despacha;
qué bulla y qué clamoreo:
todos se arman como pueden
y yo he encontrado este hierro.
Qué día, padre Bernardo
qué bien hacen, desde lejos,
el humo de las hogueras
que sopla y aviva el viento,
los muebles viejos que caen
de las ventanas al suelo,
el vocear de las gentes
y el ladrido de los perros:
sólo faltan cuchilladas,
trompetas y campaneo.
¡Aquí está el padre Bernardo!
¡Venid! ¡Yo le he descubierto!...
¡Venid! (*Sale corriendo por la derecha.*)

ESCENA IX

FRAY BERNARDO.

(*Se oye vocerío que se acerca.*)
Es tarde ya; no retrocedo.
El pueblo en mí confía...
Inspírame, Señor, dame tu fuerza,
para la extirpación de la herejía.

ESCENA X

Dicho, LUIS, HOMBRE 1.° y Pueblo con remos, picas, armas viejas y banderas de trapo.

HOM. 1° ¡Que viva Fray Bernardo!
PUEBLO ¡Viva! ¡Viva!
HOM. 1° Tus órdenes espera,
el pueblo que te aclama,
para que le dirijas y le absuelvas.
(*Fray Bernardo sube las gradas de la iglesia para dominar á los oyentes, ó le alzan en hombros.*)
PUEBLO ¡Que mueran los conversos!
FR. B. Lo habéis dicho;
y es justa la sentencia.
¡Mueran esos judíos que se emboscan
dentro de las iglesias!
¡Mueran los que nos odian!

¡Mueran los que blasfeman!
¡Mueran los que maldicen en el templo
cuando fingen que rezan!

PUEBLO ¡Mueran, mueran!

FR. B. Será; yo absuelvo á todos,
por la sangre que viertan;
por los bienes ajenos que destruyan;
por los cuerpos que arrojen en la ho-
(guera.
¡Hermanos! Yo bendigo
vuestro grito de guerra;
bendigo las espadas que se agitan
para esta santa empresa;
bendigo vuestros brazos;
¡bendigo esas banderas!

PUEBLO (*Rodeándole con entusiasmo sin dejarle concluir.*) ¡Viva!

FR. B. Y empiece pronto el sacrificio;
que el Señor ultrajado se impacienta.
(*El pueblo alza en triunfo á Fray Bernardo y sale con él por la derecha; Luis presenta la espada mientras dura el desfile.*)

PUEBLO ¡Que viva Fr. Bernardo! ¡Viva! ¡Viva!
¡Que mueran los conversos! ¡Mueran!
(¡Mueran!

ESCENA XI

SARA que sale de la iglesia y LUIS.

SARA. ¡Niño! Escucha.

LUIS. Es mala hora;
que me voy tras el gentío,
y el tumulto me enamora.

SARA. ¿Tienes padres?

LUIS. Sí, señora;
padre y madre.

SARA. (*Aparte con tristeza.*) No es el mío.
(*Alto.*) Vuélvete inmediatamente
á tu casa.

LUIS. Si deseo
estar á todo presente;
adiós; que se va la gente,
y va á empezar el jaleo.

SARA. (*Deteniéndole.*) ¿Por qué con ira se agita
en tu mano delicada,
esa hoja? Quita, quita... (*Trata de desarmarle.*)

LUIS. Déjala; que esta es mi espada,

y mi espada está bendita.

SARA. Revuelta está la ciudad;
aléjate por piedad.

LUIS. No, que me siento con bríos
para acuchillar judíos
si los hallo de mi edad.

SARA. En tus labios de clavel
no sabes cuánto me choca
ese lenguaje cruel:
sólo concibo en tu boca
dulces palabras de miel.

LUIS. Entonces, no hablemos de eso;
marchándome no te aflijo.

SARA. (*Le detiene por la túnica.*)
¡Espera!

LUIS. ¡Me tienes preso!

SARA. Niño, ¿quieres darme un beso,
que me recuerdas mi hijo?

LUIS. Si el dármelo te interesa...

SARA. Me da aliento y me embelesa.

LUIS. Te daré aunque sean dos:
sólo mi madre me besa...
pero tómalos, y adiós.
(*Sale corriendo por la derecha. Sara le sigue con la mirada largo rato.*)

ESCENA XII

SARA.

Tiene su edad, de seguro;
pero es su gesto más duro,
su faz menos sonrosada,
el cabello más obscuro
y más fiera la mirada.
Es ilusión, devaneo;
la impaciencia y el deseo
fingen estos desvaríos:
todos los niños que veo
me parecen hijos míos.
No es él, dice mi razón;
y late mi corazón,
y sin explicarlo siento
irresistible atracción
al que he besado há un momento.
Y es que del templo salía,
y cuando en el templo oraba
ante el altar de María,
cada vez que la miraba,
su imagen me sonreia.

Y con santo regocijo
en mi corazón sentí
secreta voz que me dijo:
—«¡Levántate, que tu hijo
está muy cerca de tí!»—
Y un niño ajeno he encontrado.
y el hijo que me ha costado
tantas lágrimas de hiel,
tal vez pasó por mi lado
sin que supiera que es él.

ESCENA XIII

SARA y TÉLLEZ, que entra por la izquierda.

TÉLL. Por aquí no veo nada:
¡ah! sí, una mujer tapada.
(*A Sara.*) Perdona á un padre afligido
que busca á un hijo perdido
en un dia de asonada.
Es vivo, blanco, derecho;
tiene cabello castaño,
lindo de cara y bien hecho,
lleva túnica de paño
y una cruz blanca en el pecho,
¿Le viste dí? Es tan airoso
que cualquiera en él repara.
SARA. Me pareció tan hermoso
que le dí un beso en la cara.
(*Con disgusto al reconocerle.*)
¡Téllez!
TÉLL. (*Ap.*) ¡Es la madre! (*Alto.*) ¡Sara!
SARA. (*Con desdèn.*) Búscale en ese tropel
que ruge y que vocifera,
y aléjate y cuida de él.
TÉLL. (*Aparte.*) ¡Le ha besado!
SARA. (*Con reconvención.*) Si supiera
que es su hijo el niño aquél.
TÉLL. ¿Aún te acuerdas de aquel día?
SARA. Recuerdo tu villanía.
TÉLL. No comprendi tu cariño
porque entonces no sabía
lo que era querer á un niño.
Un servicio me has prestado
y te diré lo que pasa
en la ciudad; ten cuidado
y no vuelvas á tu casa.
SARA. (*Alarmada.*) ¿Qué hay allí?
TÉLL. La han incendiado;
está tu gente perdida;

perdóname si te dejo,
pero ya estás advertida;
y no olvides mi consejo
que te va en ello la vida.
(*Sale por la derecha.*)

SARA. ¿Dejar en tal situación
á los míos?... ¡Qué maldad!
Será una exageración...
No creo en tanta aflicción
ni en tanta inhumanidad.
(*Sale por la derecha.*)

ESCENA XIV

ASSER entra precipitadamente por la izquierda, armado, y golpea en el caserón de la derecha.

¡Jacob! ¡Amigos! ¡Hermanos!
Salid todos con las armas.
¡Salid! ¡Salid!
(*Paseándose agitado.*)
No es posible
que sufran más... ¡Cuánto tardan!
(*Vuelve á llamar.*)
¡Es Asser! ¡Salid, amigos!
Ceñidas vuestras espadas...
Saque lanza quien la tenga...
Vestid las cotas de malla...
Quien tenga miedo se oculte;
quien tenga vergüenza salga.

ESCENA XV

Dicho, JACOB, JUDÍO 1.° y conversos, muchos de ellos armados; mientras Asser les habla con precipitación y energía, hacen signos de dolor y desesperación.

ASSER. Seguidme, hermanos, seguidme, (1)
á defender vuestras casas,
á vengar tantos ultrajes,
á impedir tales infamias.
Estúpida muchedumbre,
lanzando gritos de rabia,
persigue vuestras familias
y asalta vuestras moradas.
Corre á torrentes la sangre,

(1) Esta arenga puede acortarse si lo considera útil el actor que ha de decirla.

llegan al cielo las llamas,
y con el hierro y el fuego
exterminan nuestra raza.
Ni la inocencia se libra,
ni les conmueven las lágrimas;
degüellan al que resiste
y á los caidos arrastran
Camino van de la hoguera
en montón, niños y ancianas,
yo oí de lejos sus gritos
y me partieron el alma.
(*A uno.*) Tú ya no tienes esposa...
(*A otro.*) Tú ya no tienes hermana...
y nadie hallará á los suyos
si el socorro se retarda.
(*A uno.*) Los tundidores te siguen...
(*A otro.*) Los canteros te idolatran...
son bravos; entrad con ellos
por las turbas á estocadas.
¡Seguidme! que cada instante
cuesta una vida; no caiga
su sangre sobre vosotros
por no acudir á salvarlas.
Millares de criaturas
con desconsuelo nos llaman,
y á ampararlas nos obligan,
afrentas acumuladas,
la humanidad, el cariño,
la ira, el rencor, nuestra causa.
¡A luchar! y si caemos,
los que sobrevivan vayan
á sublevar las aldeas,
á coronar las montañas,
y rugir por los caminos
pidiendo muerte y venganza.
¿Calláis? ¿Ni un grito de cólera
tanto dolor os arranca?
¿El interés es más fuerte
que la piedad y la lástima?
Pues bien, seguidme, que os roban
la seda de vuestras fábricas,
las joyas de vuestras tiendas
y el oro de vuestras arcas,
también la guerra es comercio
y es el botín la ganancia.
(*A uno.*) Tú lloras, Ruben, ¿no es cierto?
tienes corazón ¡en marcha!
¡Ah! ya comprendo las dudas...
creisteis que exageraba.
Oid. Yo he visto á tu padre

con la faz trémula y pálida,
caer derribado al suelo
por innoble bofetada;
he visto jóvenes bellas,
heridas sus carnes blancas
y por los largos cabellos
bárbaramente arrastradas...
y cuerpos carbonizados
retorciéndose en las ascuas,
y cabezas de judíos
en las puntas de las lanzas.
¿Para cuándo es vuestra ira,
para cuándo, si hoy no estalla?
¿De qué os sirven en el cinto
las espadas y las dagas?
¿Para qué, si no sois hombres,
la suerte os dió, equivocada,
en los hombros fuertes brazos
y en la cara recia barba?
Si dudáis, no alcéis jamas
la cabeza deshonrada,
que os escupirán al rostro
cuantos sepan vuestra infamia.
¡No lloréis! Temblad de cólera
que no es hoy día de lágrimas,
sino de lucha, de guerra,
de indignación, de matanza,
de romper petos y cascos,
y verter sangre cristiana.
¡Compañeros! ¡compañeros!
¡á las armas! ¡á las armas!

JUD 1.º Somos pocos, somos débiles.

ASSER. Débil es la frágil barca
y hunde la proa y se eleva
en olas como montañas.

SAM. Estamos amedrentados,
respeta nuestra desgracia.

ASSER. Cobardes; habéis nacido
para hilar y vestir faldas.
Mal haya la sangre mísera,
que tengo de vuestra raza;
con la sangre de un leproso,
si pudiera la trocara.
Apartad: que de miraros,
mi vista está avergonzada.

ESCENA XVI

Dichos y JACOB que entra por la derecha descompuesto é irritado.

JACOB. (*A Asser.*) ¿Tú aquí? ¿Tú aquí? No es tu (puesto.
sino en medio de la plaza,
donde es mayor el estrago
que sufrimos por tu causa.
Vé á gozarte en los dolores,
á recrearte en la desgracia,
y á contemplar el remedio
que á nuestros males guardabas.
ASSER. ¡Miserable!
JACOB. Dices bien
lo soy, ya no tengo nada;
huyendo libré la vida,
lo único que me quedaba,
entre los negros escombros
de mi casa...
ASSER. ¡Calla! ¡Calla!
JACOB. No culpéis de esos desastres,
á las turbas desbordadas;
es éste el que armó su brazo,
y el que provocó su saña.
ASSER. (*Oprimiéndole el brazo con ira y rechazándole con desprecio.*)
Jacob, no corto la lengua
que dice tales palabras,
por tu estado, por tu ruina,
por tus años, por tus canas.
JACOB. Maltrátame; no me quejo;
hunde en mi pecho tu espada;
pero, si quieres gozar
de catástrofe aún más bárbara,
colócate en la avenida
que hay tras la iglesia inmediata,
á ver pasar á tu esposa
sollozando, destrenzada,
en medio de los sayones
que la llevan á las llamas.
ASSER. (*Con exaltación.*) ¿Qué dices?
JACOB. Que de mis brazos,
acaban de arrebatármela.
SAM. ¡Mi hija!
ASSER. ¡Mi esposa! Callemos;
porque es mortal la tardanza.
¡Venid! Seguidme; caigamos
sobre esas fieras humanas,

y huid con ella muy lejos,
mientras luchando me matan.
¡Ay! Perdonad mis injurias,
pero ¡salvadla! ¡salvadla!

JACOB. No hay fuerza ya que detenga,
las hojas que el viento arrastra.

SAM. ¡Hija mía!

ASSER. ¡La abandonan!
Cobardes; yo iré á vengarla.
Pero, oid: si sobrevivo,
nunca entre nosotros haya
ni parentesco, ni trato,
ni saludo, ni palabras.

ESCENA XVII

Dichos, menos ASSER.

JACOB. ¡Ah! ¿Por qué no estrelló el viento
la galera en que remaba?

JUD. 1.° No habrá paz mientras él viva
entre nosotros, ni calma.
Antes que todos perezcan
sea uno solo quien caiga.

JACOB. ¿Qué te propones?

JUD. 1.° Delatarle.

TODOS. ¡Sí!

JACOB. ¿Delatarle? Bien hablas;
cuando la vista de un hombre
á los demás hombres daña,
se le aleja, se le expulsa,
se le barre, se le aplasta.
(Entran los judíos en la casa. Samuel permanece inmóvil y preocupado.)

JACOB. *(A Samuel.)* Entra tú.

SAM. No debo oiros.
¡Hija mía de mi alma!
(Entra Jacob en la casa.)

ESCENA XVIII

SAMUEL.

¡Hija! ¿Por qué me persigue
tenazmente su recuerdo?
No era mía; la perdí
cuando la dí en casamiento;
no muere hoy, que murió entonces...
es una ilusión, un sueño:
no me hostigues, no me mates,

aléjate, pensamiento.
¿Vienen? Salvaré mi vida,
que la vida es lo primero.
(*Hace ademán de entrar en la casa.*)
Aquí no; nuestro templo oculto
podía ser descubierto...
(*Se dirige á la iglesia.*)
Allí, ¡á la iglesia! ¡al asilo!
(*Baja las gradas.*)
¿Y si la invadieran ellos?
Entonces comprenderían
que me escondo, que les temo.
No entres, Samuel, y colócate
las estampas en el pecho.
La pobreza es un asilo
más inviolable que el templo.
¡Se acercan! Tiemblo de espanto...
¡Hija mía! ¡Dios Eterno,
ten compasión de un judío
que nunca dejó de serlo!
(*Con voz quejumbrosa.*)
¡Por las ánimas benditas,
den limosna al pobre viejo!

ESCENA XIX

Dichos, FRAY BERNARDO, judíos, presos y maniatados, y luego SARA, HOMBRE 1.° y Pueblo.

PUEB. ¡Mueran los conversos, mueran!
FR. B. Llorad vuestros sacrilegios,
y alcanzad muriendo bien
la salvación, que aún es tiempo.
Así llevaron un día
á Jesucristo los vuestros;
ofrecedle este calvario
con santo arrepentimiento.
SAM. Todos son hombres: respiro...
¡No! que entre la turba veo
lo que más quise en el mundo
¡Oh quién pudiera estar ciego!
¡Ay de mí si me conoce!
(*Baja la cabeza.*)
SARA. ¡Padre!
SAM. Me llama: soy muerto.
FR. B. ¿Qué se la ofrece?
SARA. Una gracia.
SAM. No era á mí: qué sufrimiento.
SARA. En una imagen adoro
y hemos llegado á su templo:

déjame darla un adiós
y una mata de mi pelo.

FR. B. Esa iglesia es un asilo
y complacerte no puedo.

SARA. (*Viendo á Samuel.*)
¡Padre mio! (*Aparte.*) ¡Ay! ¡le perdí!

FR. B. ¿Quién es? Prendan al converso.
¿Quién es?

HOM. I.º No sé: por lo visto,
es este pobre harapiento.
(*Todos rodean y sujetan á Samuel.*)

SAM. ¿Yo su padre? ¿Yo judío?
¿Yo sospechoso? No es cierto.
Cristianos fueron mis padres
y cristianos mis abuelos:
soy un infelíz mendigo
sin familia, sin sustento:
que diga si soy su padre
esa mujer.

HOM. 1º Dílo presto.

SAM. Jamás he visto su rostro:
por primera vez la encuentro.
(*A Sara.*)
Mirame bien: ¿me conoces?

FR. B. Dí si es tu padre este viejo.

SARA. No tengo padre; llamaba
á Jesús.

SAM. ¿Lo estáis oyendo?
Sálvenme de esa sospecha
todos los santos del cielo
y el que murió en el Calvario,
Jesucristo el Nazareno.

SARA. Ese es el padre que invoco
y el único verdadero,
que aquí todo es engañoso
y allá arriba todo es cierto.

FR. B. (*Dudando y mirando alternativamente á uno y otro, dice á Samuel.*)
¡Abrázala!

SAM. Tengo escrúpulos,
que soy cristiano.

HOM. 1º ¿Qué hacemos?

FR. B. (*A Samuel.*) Sólo encendiendo su ho-
(guera
te salvarás...

SAM. Si no puedo
seguiros de viejo y débil...

FR. B. ¿Cómo? ¿Vacilas?

HOM. 1º ¡Al fuego!

SAM. ¿Que yo vacilo en serviros?

Enfermo estoy, pero acepto.
HOM. 1º Marcha hacia adelante.
FR. B. Déjale.
HOM. 1º ¿Y si es su padre?
FR. B. Lo niego;
no existe un padre que diga
lo que ese hombre está diciendo.
SARA. (*Alzando las manos y mirando al templo, pero delante de su padre*)
¡Bendice á esta desgraciada
y toma mi último aliento!
¡Padre mío! ¡Padre mío!
¡Padre que estás en el cielo!
(*Salen Sara, Fray Bernardo y algunos del pueblo.*)

ESCENA XX

SAMUEL, HOMBRE 1.º y algunos del pueblo, que rodean al primero.

SAM. (*Aparte.*) Comprendo tu despedida
y mi vileza comprendo,
y al darte mi bendición
de mi propio me avergüenzo.
HOM. 1º ¿Cómo, siendo un buen cristiano,
no das mueras á esos perros?
¡Mueran los conversos!
SAM. ¡Mueran
por villanos, por abyectos,
por cobardes! Y lo digo
con toda el alma; creedlo.
HOM. 1º (*A los suyos, saliendo.*)
¡Con qué entusiasmo lo dice!
Ese es un cristiano viejo.

ESCENA XXI

SAMUEL.

¡Mueran, sí, mueran los míos,
que la muerte merecemos!
Así dicen que el Apóstol
renegó de su Maestro.
Tan avergonzado estoy,
que me parece que siento
que de su hoguera á mi rostro
viene una brisa de fuego.
¡Abreme la puerta, hermano;

abre, por Dios, que me muero!
(*Abren.*)
No alces la vista por verme;
Jacob, ¡qué infame es el miedo! (*Entra.*)

ESCENA XXII

JACOB y luego LUIS.

JACOB. (*Sale de la casa con recelo.*)
¡Oh! ¡Pobre Sara! También
siento vergüenza y despecho.
Si me atreviera á acercarme...
No cerréis; dejad abierto,
que está el peligro muy próximo,
y puedo volver huyendo.
(*Se dirige con miedo hasta asomarse por la calle de la izquierda. Luis entra por la derecha.*)
LUIS. ¡Tengo miedo! Estoy temblando...
no creí que fuera eso
tan horrible... me dan lástima
las mujeres y los muertos.
¿Qué haré? ¿Qué haré?
JACOB. Se oyen gritos.
(*Volviendo asustado.*)
¿Quién es? ¿quién es?
LUIS. (*Deja caer la espada junto á la puerta de la casa y queda inmóvil.*)
¡Un converso!
JACOB. ¿Qué dices? ¿quieres perderme
y delatarme?
LUIS. (*Temblando.*) No quiero...
JACOB. Tú vas à pagar por todos...
(*Le alza en los brazos.*)
no alces el grito ¡lobezno!
ó te paso con mi daga
como hables fuerte ¡silencio!
(*Entra con él en la casa.*)

ESCENA XXIII

SARA, ASSER, PUEBLO y HOMBRE 1.° Mientras la escena está desierta, se oyen las cuchilladas y voces que se indican.

VOCES. (*Fuera.*) ¡Matadle! ¡Ay de mí! ¡Socorro!
ASSER. (*Fuera.*) Sálvate, Sara.
SARA. (*Fuera.*) ¡Dios mío!
Huye también: gana el templo

ó aquí moriré contigo.

ASSER. (*Fuera.*) ¡Sálvate tù!

(*Entra Sara despavorida y sube las gradas de la iglesia: luego Asser sin espada.*)

¡Desarmado!

Entra, que estamos perdidos.

HOM. 1º ¡Mueran!

PUEBL. ¡Mueran!

(*Asser se detiene junto á la iglesia y saca la daga: Sara se arrodilla: el pueblo asalta la verja y Asser le contiene.*)

SARA. ¡Compasión!

Compasión, hermanos míos,
¡por el dolor de la Virgen
ante el cuerpo de su hijo!

ESCENA XXIV

Dichos y FRAY ANTONIO que salen de la iglesia con un crucifijo, levanta á Sara y cierra la verja tras ella y Asser, quedándose fuera.

FR. AN. (*Presenta el crucifijo y se dirige al pueblo que va retrocediendo hasta salir por la izquierda.*)

Tened respeto al sagrado,
tened respeto al asilo:
los amparan su derecho,
y este santo crucifijo.
¿No bastan? Aquí estoy yo
por las víctimas que os quito:
con mi sangre las rescato,
con mi vida las redimo.
¿Queréis matarme? No tiemblo...
estoy dispuesto al martirio.
Si yo muero, al que os predica
la muerte y el exterminio
llevadle manchado en sangre
mi hábito de dominico.
¿No queréis mi vida? ¡Atrás!
dispuesto á morir os sigo,
no me asusta vuestro jefe...

PUEBL. ¡Viva el fraile!

FR. AN. (*Señalando el Cristo.*) ¡Viva Cristo!

(*Salen por la izquierda.*)

ESCENA XXV

SARA y ASSER.

SARA. Creo que salgo de un sueño...
que despierto ó resucito...
Deja que bese tu mano.
¡Ay, Asser! ¿Estás herido?
ASSER. No lo estoy, que esos verdugos
eran, por lo que hemos visto,
para asesinar, audaces,
para pelear muy tímidos.
No hubiera habido una víctima
con cien hombres decididos.
(*Saliendo de la verja.*)
En salvo te dejo, Sara,
ya pasó todo peligro...
SARA. ¿Que te vas? ¿Que me abandonas?
ASSER. Este es tu templo; ese el mío. (*Señala al cielo.*)
SARA. (*Siguiéndole le señala la sinagoga; llorando.*) ¡Llama allí!
ASSER. ¡Sara! No tengo
familia, templo, ni amigos,
ni creo en nadie, ni en nada.
¡Adiós!
LUIS. (*Dentro.*) ¡Padre, padre mío!
(*Al oir aquella voz de niño se miran fijamente Sara y Asser y se estrechan al fin la mano.*)
SARA ¡Asser!
ASSER. ¡Sara!
SARA. ¿Le recuerdas?
ASSER. Si aún sueño que le acaricio...
SARA. ¿Recuerdas cuando en su cuna
le mirábamos dormido?
ASSER. ¿Recuerdas la estrella roja,
que yo marqué en su bracito?
SARA. ¿Y aquellos rizos tan rubios?
ASSER. ¿Y aquellos ojos tan vivos?
SARA. ¡Asser! ¡Asser! Un abrazo
por la memoria del niño. (*Vacila un momento y la abraza.*)

ESCENA XXVI

Dichos, y FRAY ANTONIO que entra por la izquierda y avanza lentamente sin que le vean.

ASSER. (*Desasiéndose.*) Recuerda que eres cris-
(tiana.

SARA. Recuerdo que me has querido,
que eres mi esposo, que te amo,
que me has salvado ahora mismo.
Entra en la iglesia: estás solo
entre un tropel de enemigos,
estás miserable y triste.

FR. AN. ¿No eres un hombre afligido?
Entonces esta es tu casa:
entra en el templo conmigo.
(*Sara y Fr. Antonio le conducen cariñosamente.*)

ASSER. Entre sus brazos me llevan...
¿con qué poder me resisto
si me conducen al templo
la humanidad y el cariño?

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO

CUADRO 1.º

Habitación desmantelada en la carcel de Lisboa: algunos poyos junto á las paredes.

ESCENA PRIMERA

ASSER lee sentado en un poyo de la izquierda á alguna distancia de los presos: FR. BERNARDO está sentado á la derecha: Hombre 1.º y algunos presos rodean al cantador eu el fondo.

UN PRESO. (*Canta*).

En la cárcel de Lisboa
pasé mi vida jugando:
sólo se jugaban penas
y yo cobraba el barato.

Cuando me arrojen al mar,
compañerito del alma,
con la pala de tu remo
hazme una cruz en el agua.

TODOS. ¡Bien!
HOM. 1° Te ruego que concluyas
esas tristes cantinelas:
nos basta con nuestras penas,
para que oigamos las tuyas.
¡Ay de mí! (*A Fr. Bernardo.*) ¡Tú me has perdido!
¿Por qué escuché tus sermones?
FR. B. Te quejas de las canciones
y las cantas á mi oído.
Sólo ves tu mala suerte,
y al gemir, no consideras,
que sólo vas á galeras
y yo soy reo de muerte.
Hoy tal vez duerma en la caja,
que ya de limosna existo,
y en el hábito que visto
estás viendo mi mortaja.
HOM. 1° Tú no abandonas aquí
mujer é hijos que te adoren.
FR. B. No tengo ojos que me lloren
ni quien se se aflija por mí.
Yo soy hombre de pelea,
no de amor ni de consejo;
me han vencido, no me quejo;
yo muero y queda mi idea.
Que así nos vemos los dos
y se nos ha condenado,
porque el rey está del lado
de los que ofenden á Dios.
Si ante el poder que gobierna
que delinquimos admito,
lo que hicimos no es delito
ante la justicia eterna.

ESCENA II

Dichos, OFICIAL y cuatro soldados.

OFIC. ¡Fray Bernardo!
FR. B. (*Levantándose.*) Aquí me tienes.
OFIC. Vengo...
FR. B. Dilo sin reparo,
y habla pronto, y habla claro,
que comprendo á lo que vienes.
¿Llegó mi hora?
OFIC. La hora
de que elijas confesor;
al causarte ese dolor
mi corazón sufre y llora.

FR. B. Pues ese encargo te dan,
cumple, amigo, con tu empleo,
y vamos, no tenga el reo
que consolar al guardián.
(*A los presos que le hacen calle.*)
Señores, si os ofendí,
si os molesté en la prisión,
á todos pido perdón:
recen, señores, por mí.
HOM. 1º Dulce estás para quien eres
y oyó tus fieras razones;
sin duda las ocasiones
suavizan los caracteres.
FR. B. (*Deteniéndose en la puerta le dice.*)
Nadie burle hasta acabar,
porque el mejor enterado
sabe lo que le ha pasado,
no lo que le ha de pasar.
(*Sale con el Oficial y soldados.*)

ESCENA III

ASSER, HOMBRE 1.º y Presos.

ASSER. Dijo bien; y no son modos
de darle la despedida:
que quien paga con la vida,
salda sus cuentas con todos.
HOM. 1º Ese que perdón implora
era no há mucho un león.
ASSER. Entonces era ocasión
de zaherirle, no ahora.
HOM. 1º Misericordioso estás
para tu genio brioso.
ASSER. ¿Que estoy misericordioso?
HOM. 1º Y manso.
ASSER. ¿Manso?... Quizás.
(*Se sienta otra vez y abre el libro. Suena una campana.*)
HOM. 1º Ya nos llama la campana.
Ven á comer.
ASSER. No.
HOM. 1º Lo creo;
devoras á San Mateo
y se te quita la gana.

ESCENA IV

ASSER, con el libro abierto.

Son versículos divinos
ó este libro me fascina;
no, no es esta la doctrina
que atacaban las rabinos.
Dudo... tiemblo... ¿en qué consiste
tan extraña sensación?
Es que esta es la religión
del oprimido y el triste.
¿Y yo, que á Sara culpé,
vacilo en este momento?
No es verdad; lo que yo siento
es admiración sin fe.
Este libro mi fe daña,
pero no me ha convencido...
¿Por qué, por qué habré leído
el sermón de la Montaña?

ESCENA V

ASSER y FRAY ANTONIO.

FR. AN. ¡Asser! ¡Asser!
ASSER. ¿Quién llama?
FR. AN. Es un amigo
que trae la libertad al prisionero.
ASSER. ¿Qué dices?
FR. AN. Que eres libre.
ASSER. A mayor servidumbre me condenas;
la gratitud me carga de cadenas.
FR. AN. A nadie se la debes; en Lisboa
manda otra vez la ley y ella te ampara;
tus torpes enemigos no sabían
que con su acusación te enaltecían;
cobardes los declara una sentencia;
lógica y natural tu resistencia
yo atestigüé no más: fué deber mío...
Olvida todo encono
y perdona á los tuyos, te lo ruego;
perdónalos por mí.
ASSER. No los perdono.
FR. AN. Concédeme esa gracia.
ASSER. Te la niego.
Yo amaba á mi nación; yo he deseado
destruir sus cadenas,
y hubiera derrochado,
por los míos, la sangre de mis venas.

Cobardes y traidores me delatan;
la traición de un extraño, bien lo sabes,
es traición nada más, simple vileza;
la traición del amigo y del hermano
¿quién ha de perdonar?

FR. AN. Cualquier cristiano;
todo el que haya sentido la grandeza
de ese libro que escondes en la mano.

ASSER. ¿Su grandeza no más? Yo la he sentido.
Por ella estoy turbado y estoy triste;
el Evangelio ten; tú me le diste
y siento la obsesión de su lectura.
Desde que abrí sus hojas sólo veo
la pálida figura
del dulce Galileo;
su templo es la montaña,
su púlpito una roca,
y á sus suaves acentos
callan las aves, páranse los vientos,
nadie á turbar se atreve
aquel santo sermón, es tal la calma,
que ni la hoja en los árboles se mueve,
y las gentes que escuchan afanosas
reprimen sus sollozos
y su lágrimas corren silenciosas.
Envuelto en sus harapos
el auditorio humilde, oye aquel himno
que desdeña el poder y la grandeza,
y da al desheredado
un tesoro moral en su pobreza.
No es valor el arrojo del soldado,
que lo es el sufrimiento;
ni tesoro el caudal acumulado,
sino el desprendimiento;
el perdón sustituye á la venganza,
la paz á los combates;
más que la posesión, es la esperanza,
la túnica del lirio,
más que la regia púrpura del tirio;
nada vale en el suelo,
lo que tiene valor está en el cielo.
Sollozos contenidos
forman al concluir sublime coro,
y el llanto le acompaña,
al ver sobre la mística montaña,
nacer la caridad con alas de oro.
Día feliz aquél; monte bendito,
que escuchó aquella santa poesia,
que aplaudieron con trinos, con olores,
cada cual con su idioma y su armonía,

hombres y arroyos, pájaros y flores.
FR. AN. Sientes ya la belleza;
la fe vendrá después.
ASSER. Esa doctrina
no es para nuestra ruin naturaleza;
estrecha es para el hombre.
FR. AN. Perdona á tns hermanos. De rodillas
te lo ruego. (*Se arrodilla.*)
ASSER. (*Abrazándole.*) ¡Tú asi!
FR. AN. Todo se alcanza
con humildad.
ASSER. Renuncio á mi venganza.
FR. AN. ¡Asser! Dame la mano;
siento en tu corazón ennoblecido
los primeros latidos de un cristiano.
ASSER. ¿Qué dices?
FR. AN. Lo que siento.
Voy por tu libertad; llega al momento.
Todo lo que del libro te imaginas,
tan difícil y estrecho,
nunca hallé en los umbrales de la (muerte,
nadie que no quisiera haberlo hecho.

ESCENA VI

ASSER.

Más valiera su saña,
que la dulce humildad con que me (obliga.
(*Esconde el libro en el pecho.*)
Mi espíritu se nubla,
¿qué siento que me llena de terrores,
hundiendo bruscamente mi pasado?
No es nada; es que me alejo avergon- (zado
de un antro de traidores.
Sí; ya me irrita el nombre de judío;
pero esta no es, Señor, apostasía,
es que mi corazón está vacío,
y se quiere llenar de poesía.
La frente se me parte.
Señor, Señor, mi templo han derribado,
y busco una manera de adorarte.

ESCENA VII

Dicho, y á la puerta OFICIAL y TÉLLEZ.

OFIC. Aquí está.
TÉLL. Gracias. ¿Podríamos
hablar con él?
OFIC. Sin obstáculo. (*Sale.*)

ESCENA VIII

ASSER, SARA y TÉLLEZ.

SARA. ¡Asser! ¡Asser! Ya eres libre.
¡Oh! que temor he pasado.
(*Se abrazan.*)
ASSER. ¿Quién es?
SARA. Uno que nos busca
con afán para contarnos
una historia.
TÉLL. Pero exige
condiciones.
SARA. Las rechazo.
TÉLL. Exige que si os los hizo
le perdonéis los agravios.
SARA. ¡Habla!
TÉLL. Perdonad primero,
y perdonad sin reparo
porque á vosotros y á mí
nos perjudica el retraso.
¡Se trata de vuestro hijo!
(*Los dos se van hacia él con afán.*)
ASSER. ¿Qué me dices?
SARA. ¿Sabes algo?
ASSER. ¡Habla!
SARA. ¿Vive?
ASSER. ¿Dónde está?
TÉLL. Juradme perdón ó callo.
SARA. Lo juramos.
ASSER. Pero ¿vive?
SARA. ¡Di que juras!
ASSER. Lo juramos.
TÉLL. ¿Os acordáis de la noche
de vuestra fuga? Vagábamos
por las orillas del río
cuando pudimos librarnos;
yo me aparté de los otros,
ví galopar dos caballos,
un bulto cayó del uno

y yo me puse á buscarlo.
Halléle sin gran esfuerzo
porque me atrajo su llanto.
y ví un niño suspendido
sobre las aguas del Tajo
en una mata de juncos
que de morir le libraron.
Le conocí por lo rubio,
por su cabello rizado,
y por si quieres más señas
tiene una estrella en el brazo.

SARA. ¡Devuélvemele! ¡Es el mío!

ASSER. ¿Qué has hecho de él?

TÉLL. (*Con orgullo.*) Le he criado.

SARA. (*Con ternura y asiendo la mano de Téllez.*) ¿Es lindo, verdad?

TÉLL. Muy lindo.

SARA. ¿Está muy alto?

TÉLL. Muy alto.

ASSER. ¡Infame! ¿Y privaste de él
á su madre tantos años?

SARA. (*Interponiéndose.*)
¿Qué haces? ¿Qué haces? Nos le entrega
¿y así pagas el hallazgo?

ASSER. Perdona.

SARA. ¡Y no conocerle!

TÉLL. Tres días há le has besado.

SARA. ¡Era aquel! Si lo decía
mi corazón palpitando.
¡Si me lo advirtió la Virgen!
¡Asser! ¡Asser! Fué milagro.
¿No te lo dije? Es preciso;
sólo podremos pagárselo
yo cristiana y tu judío,
yendo á su templo descalzos.

ASSER. Que enloqueces.

SARA. De ventura.

ASSER. ¿Dónde está?

TÉLL. (*Con desesperación.*) ¡Me le han robado!
(*Sara y Asser quedan espantados. Después tienen un movimiento de indignación.*)

SARA. ¿Y así cuidaste de mi hijo?

ASSER. (*Sujetándole el brazo.*)
¿Y quieres que te absolvamos,
cuando nos le restituyes
sólo para arrebatárnoslo?
¡Miserable!

TÉLL. Que juraste
perdonarme.

SARA. (*Con ímpetu.*) ¡Juró en falso!
ASSER. Mi hijo ó tu vida
TÉLL. Escuchadme.
Es tanto lo que le amo
que por librarle os le entrego:
nunca le hubiera entregado.
Cautivo está de judíos
tres días há que le aguardo
y temo que esos infames
le maten si le reclamo.
Salvadle y que sea vuestro:
me basta con verle en salvo.
¿Ves este hierro? (*Enseña la espadarota.*)
SARA. Era el suyo.
TÉLL. ¿Sabes donde lo encontraron?
A la puerta de la casa
donde tú y yo nos hablamos.
Sólo conversos la habitan
que de venganza están ávidos...
(*Lo siguiente con gran vehemencia y rapidez.*)
SARA. ¿Recuerdas aquellos gritos
infantiles que escuchamos?
ASSER. Los recuerdo.
SARA. El que gritaba
era nuestro hijo llamándonos.
ASSER. Sí; su voz vibró en mi pecho.
SARA. Por él nos reconciliamos.
ASSER. ¡Padre! me decía ¡padre!
TÉLL. Era á mí.
ASSER. (*Con ira.*) Tú eres padrastro.
SARA. A libertarle si aún vive.
ASSER. O á destruir aquel antro.
(*Salen apresuradamente asidos de la mano y Tellez detrás.*)

(MUTACIÓN.)

CUADRO 2.°

Habitación de paso dentro de la sinagoga, sin muebles. Puerta á derecha é izquierda: la primera dá á la calle, la segunda al interior. Ventana en el segundo término de la derecha. Telón ó cortina en el fondo.

ESCENA IX

SAMUEL, JACOB y JUDIO 1.° mirando por la ventana.

JACOB. Acabemos. Ese niño
nos estorba y perjudica:
si huye, nos pierde; guardarle
será zozobra contínua.
Dejad que sacien su cólera
en el hijo de las víboras.
SAM. La sangre no queda impune.
JACOB. Inútil es cuanto digas
los nuestros tienen su presa,
¿quién la libra de sus iras?

ESCENA X

Dichos, LUIS y judíos, uno con una cruz, otro con una corona de espinas.

VOCES. (*Dentro con alarma y en tono bajo.*)
¡Detenedle! ¡Detenedle!
LUIS. ¡Socorro! (*Sale huyendo.*)
JUD. 1.° ¡Ay de tí si gritas!
¡Cierra! (*Samuel cierra la ventana.*)
JACOB. (*A Samuel.*) ¿Lo ves? No tendremos
seguridad mientras viva.
LUIS. ¡Quieren que pise la cruz!
No la piso; antes querría
que pusieran en mi frente
esa corona de espinas.
JUD. 1.° Ponédsela.
SAM. No soy cómplice
de lo que pasa á mi vista.
¿Entendéis? ¡Niño! Repara,
guarda mi fisonomía,
Samuel, Samuel es mi nombre
y si es preciso, atestigua

que otros te martirizaban
y Samuel te defendía.
Me lavo las manos.

JUD 1.º Conste
el papel que te destinas:
eres Pilatos.

JACOB. (*A Samuel.*) Contente
y enfrena tu cobardía.

LUIS. Soltadme, ¿qué mal os hice
si no hice daño en mi vida?
Vuestras miradas me asustan,
vuestras manos me lastiman,
dejadme salir, señores,
en busca de mi familia;
mi madre estará de pena
llorando á lágrima viva.
¡Samuel! Tú que me defiendes
llévame á casa en seguida:
no me suelto de tu brazo...

SAM. ¡Hijo!

LUIS. ¿Verdad que me libras?
(*Bajo á Samuel*)
Quieren matarme.

SAM. No temas.

LUIS. Sí, su maldad no es fingida;
lo conozco en sus palabras
y en el modo con que miran.

SAM. Dejádmele.

JACOB. Suelta y vamos.

JUD. 1.º (*Derribando la cruz.*)
La cruz en tierra. Ahora ¡písala!
(*Todos amenazan á Luis, que dominado da un paso hacia la cruz; pero se detiene y retrocede diciendo con energía*)

LUIS. ¡No! (*Movimiento de indignación. Suena un golpe en la puerta y todos quedan aterrados.*)

JACOB. (*Amenazándole.*) ¡Silencio!

SAM. ¡Nos perdemos!

JUD. 1.º ¡Salid! (*Al niño.*) ¡Ay de tí si gritas!
(*Salen todos con mucho sigilo parodiando una procesión y amenazando al niño.*)

LUIS. (*En voz baja.*)
Dejad que diga muy bajo:
¡Padre mío! ¡Madre mía!
(*Salen por la izquierda*)

JACOB. ¡Abreviad! que estamos todos
vendidos mientras exista.
¡Sal á ver! (*Al Judío 1.º*)

ESCENA XI

SAMUEL, JACOB y JUDÍO 1.°, que sale por la derecha y reaparece.

SAM. Tiemblo sin culpa.
JACOB. Pues mucho más temblarías
si huyera contando á voces
nuestra parodia sacrílega.
SAM. Tienes razón; me acobardas.
JUD. 1.° (*Asustado.*)
La que ha llamado es tu hija,
Asser y un desconocido
la acompañan.
SAM. ¡Oh, desdicha!
JUD. 1.° ¿Qué hacemos?
JACOB. ¿Qué hacer? Abrir.
Negar. Contener su ira.
(*Aparte al Judío 1.°, que reaparece.*)
Si grita somos perdidos.
Que terminen. Dales prisa.
(*Sale el Judío 1.° por la izquierda.*)

ESCENA XII

SARA, ASSER, SAMUEL, JACOB y TÉLLEZ.

ASSER. Sabed á lo que he venido.
Tenéis preso hace tres días
un niño; vengo á librarle
y ¡ay de aquel que me lo impida!
No admito plazos ni ruegos,
ni excusas, ni negativas;
que ha de salir en mis brazos
y ha de salir en seguida.
SAM. ¿Un niño preso?
JACOB. ¿Qué dices?
ASSER. Nadie me lo contradiga.
Tres días há que yo mismo
oí su voz dolorida.
SAM. ¿Tú? (*Con terror.*)
JACOB. En aquel día trajeron
sus hijos muchas familias.
TÉLL. ¡Registremos!
SARA. ¡Padre mío,
busca también! ¡Averigua,
que es tu nieto el que buscamos
y es larga ya mi agonía!
SAM. ¡Mi nieto! (*Con espanto.*)

JACOB. ¡Imposible! Ha muerto;
los muertos no resucitan.
TÉLL. Falso, que mi hijo es el suyo
y hay señal que lo atestigua.
SAM. (*Apretando la mano á Jacob, aparte.*)
¡Jacob! ¡Hermano!...
JACOB. ¡Silencio!
Ya es tarde y nos perderías.
SAM. ¡Dios de Abraham!
SARA. ¡Padre! ¿Qué tienes?
SAM. ¡Sostenme, sostenme, hija!
No puedo mas. Sara, sálvale.
¡Sálvale que le asesinan!
¡Tu hijo está allí!
(*Jacob protesta con la acción y Asser le amenaza.*)
ASSER. (*A Samuel.*) Guía y calla.
SARA. ¡Hijo mío!
ASSER. ¡Guía! ¡Guía!
(*Se dirigen hacia el fondo.*)

CUADRO ÚLTIMO

Se alza el telón del fondo y se ven sobre un tablado los judíos rodeando la cruz en que se halla sujeto por cordeles, desmayado y crucificado el niño Luis. Forman el cuadro de la pasión: uno blande la lanza; todos huyen y se colocan á los lados en actitud de terror.

ESCENA XIII

DICHOS, LUIS en la cruz, JUDIOS.

SARA. ¡Qué horror!
JACOB. (*A Samuel.*) ¡Nos has descubierto!
ASSER. El niño en quien yo soñé.
SARA. El mismo que yo besé.
TÉLL. ¡Mi hijo!
SARA. ¿Así pagas mi fe
que me le devuelves muerto?
No es posible tal dolor.
ASSER. No: salgamos del error
por si estamos engañados.
(*Se adelantan Asser, Sara y Téllez.*)

SARA. Tú: yo no tengo valor...
(*Asser llega al niño: alza la manga de la túnica y dice con espanto.*)

ASSER. ¡La estrella roja! ¡Malvados!
(*Gran consternación: Sara se arrodilla ante la cruz y queda inmóvil. Tellez, Samuel y algunos Judíos, descuelgan al niño y forman un grupo.*)
¡Temblad! mas no de mi espada:
allí el verdugo os espera
y una ciudad espantada
que pedirá alborotada
contra vosotros, la hoguera.
Los lamentos generales,
vuestros gritos de amargura
y vuestras ànsias mortales,
han de ser los funerales
de esa infeliz criatura.
Mártir de tu religión
acoge este corazón
que llorando te dirijo,
al comprender tu pasión
por el martirio de mi hijo.

SAM. (*Levantando el niño y llevándosele á Sara.*)
¡Sara! ¡Cese tu agonía!
Sólo estaba desmayado.
¡Tu hijo vive!
(*Alegría de todos. Sara abraza y besa con efusión al niño, que estará asombrado.*)

SARA. ¡Madre mía!
Tú me le has resucitado.
Bendita seas, María.

ASSER. Quiero besarle.

SARA. Detente.
Besa primero la cruz.

ASSER. (*Colocando una mano en el brazo de la cruz y mirando al cielo.*)
Eres santo, eres clemente,
descienda, Señor, tu luz
para iluminar mi frente.

FIN DEL DRAMA.

OBRAS DE D. JOSE FERNANDEZ BREMÓN

El elixir de la vida, pasillo en un acto y en verso.
Los espíritus, pieza cómica en un acto y en prosa.
Dos hijos, drama en un acto y en verso. (*Agotado*).
Lo que no ve la justicia, drama en tres actos y en prosa.
Pasión de viejo, drama en tres actos y en prosa.
La estrella roja, drama en tres actos y seis cuadros y en verso.
Cuentos. Un volumen que contiene los siguientes: Un crímen científico.—La hierba de fuego.—Mr. Dansant, médico areópata.—Gestas, ó el idioma de los monos.—Siete historias en una.—Pensar á voces.—Una fuga de diablos.—El cordón de seda.—El tonel de cerveza.—Miguel-Angel ó el hombre de dos cabezas. Se vende á tres pesetas en las oficinas de *La Ilustración Española y Americana*.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

para grande y pequeña orquesta

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH

EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores maestros compositores la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.